

tanto número de santos juntos, debiéndose en gran parte á los desvelos de S. Mayeul.

Acompañaba la fama del abad á la fama del monasterio; siendo muy particularmente estimado de todos los papas, emperadores y reyes de su tiempo.

Suplicáronle el emperador Othon I y la emperatriz Adelaida que tomase á su cargo la reforma de los monasterios de Alemania, y de algunos otros que estaban en los dominios del imperio. Aceptó con mucho gusto esta comision, por lo mismo que tenia bien previsto lo mucho que habia de padecer en ella. Correspondió el fruto á sus trabajos, y cedió en grande crédito de su zelo. Introdujo la regla del monasterio de Cluny, que era como una especie de reforma de la religion de S. Benito, en Ravena, en Pavia, en la Suavia y en el país de los suizos. Tambien la Francia esperimentó los efectos del zelo que le animaba; porque renovó la antigua disciplina en las abadías de Marmontier en Turena, S. German de Auxerre, Moutier-San-Juan, S. Benigno de Dijon, S. Mauro de las Fosas, cerca de Paris, y tambien hizo recibir la reforma de Cluny en el célebre monasterio de Lerins por orden del papa Benedicto VII. No pudieron hacerse en menos de diez años tan grandes mudanzas sin grandes milagros, y con efecto los hizo el Santo en todas partes; siendo tambien una especie de milagro el recogimiento interior, la íntima union con Dios, y las rigurosas penitencias que hacia Mayeul entre el tumulto de tantos cuidados y negocios como concurrían en el gobierno de tan célebre abadía.

Era una de sus particulares devociones ir en peregrinacion á aquellos lugares donde era venerada la santísima Virgen con alguna especialidad; por lo que muchas veces visitó el santuario de nuestra Señora de Velay y el de Loreto, de donde pasó á Roma á visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y siempre con el mismo espíritu y con la misma devocion.

Pasando por la ciudad de Coira en los grisones, dió salud al obispo Alberto, afligido mucho tiempo habia con agudísimos dolores, que le tenían reducido á la estremidad; y S. Pedro Damiano refiere, que habiendo desobedecido á nuestro Santo un monge del monasterio de Pavia, le mandó en penitencia que besase á un leproso, y ejecutándolo el monge, quedó el leproso repentinamente sano.

Al volver de estos viajes á Roma encontró una tropa de moros, que corrian los Alpes, y cogian todos los pasos de Italia. Cautiváronle con los religiosos que le acompañaban al pié de la sierra que se llama de S. Bernardo el Grande, y le condujeran

á Pont-Ouvrier, donde le metieron en prisiones. No se puede decir lo mucho que padeció de aquellos bárbaros; pero ni por eso perdió un punto de su devocion ni de su vida penitente todo el tiempo que duró su cautiverio; y nó fué sin grande fruto, porque con sus exhortaciones convirtió á muchos infieles, y tuvo el consuelo de administrarles por su mano el santo bautismo. Rescatado del cautiverio por una gran suma de dinero, tuvo noticia, con gran dolor suyo, de que el emperador Othon II trabajaba eficazmente para hacer que le eligiesen por papa; pero la generosa y firme resistencia que hizo á esta suprema dignidad, edificó maravillosamente á todo el orbe cristiano, y quizá esta resistencia dió mas honor al santo abad, que le daría la dignidad misma.

Conociendo por sus muchos años y achaques que se acercaba el fin de sus dias, puso los ojos en su discípulo S. Odilon para sucesor suyo; propúsole á la congregacion, y ella le aprobó con general consentimiento.

Descargado ya del peso del gobierno, y libre del embarazo de los negocios, solo pensaba en prevenirse para la muerte, redoblando su fervor, sin dejarse ver en público, gozando la dulce tranquilidad de una profunda abstraccion, soledad y retiro, cuando Hugo Capeto, rey de Francia, que le estimaba y le veneraba mucho, le suplicó que pasase á Paris para reformar la abadía de S. Dionisio. Así las instancias de aquel principe, como los impulsos de su zelo, que nada habia perdido de su primitivo vigor con la fuerza de los años, le hicieron olvidar su debilidad, y no atender á las lágrimas de sus monges, que le disuadian de aquel viaje. Púsose en camino, y habiendo llegado á Souvigni en el Borbonés, murió con la muerte de los justos el día 11 de mayo del año 994, casi á los ochenta y ocho de su edad. Fué enterrado en la iglesia de S. Pedro, y su sepulcro se hizo glorioso por los milagros que obró el Señor por su intercesion.

Hallándose el papa Urbano II en Souvigni el año de 1096, fué elevado el santo cuerpo de la tierra, y se hizo su primera traslacion con solemnidad; y en tiempo de Honorio IV se hizo la segunda. Consérvanse en Souvigni estas preciosas reliquias, juntamente con las de S. Odilon su sucesor.

#### SAN EUDALDO, MÁRTIR.

FUÉ natural de Lombardia é hijo de padres de ilustre linaje aunque gentiles. No se ha averiguado á punto fijo el año de su

nacimiento, que al parecer acació imperando Arcadio y Honorio. Llamáronle los gentiles Tost, y hasta la edad de doce años fué enseñado en la idolatría. Despues cierto dia en la caza fué tras una cierva, desviándose de los suyos, y llegó á la ermita de S. Pancracio, á cuyos pies se echó aquel tímido animal, quedando de esto el mancebo maravillado. Recibiólo benignamente el santo ermitaño, esplicóle nuestra santa fe, y bautizóle por fin, llamándole Eudaldo. Luego salieron ambos hácia la orilla del mar, y hallando una nave que estaba de partida, subieron en ella, y llegaron á Portvendres en la costa entonces de Cataluña. Entonces Eudaldo comenzó á arrepentirse de lo hecho, queriendo de todos modos volverse á casa de sus padres. Púsose san Pancracio en oracion y á poco rato oyese un gran trueno y aparece uná estrella encima de su cabeza mas clara que el sol, alumbrándole por espacio de una hora. Asombrado Eudaldo de semejante prodigio, pidió luego perdon á Dios y á su siervo de su inconstancia, y ambos subieron á un desierto donde hicieron penitencia por espacio de veinte años.

Al cabo de este tiempo revelóles el Señor la muerte de S. Pancracio, el cual dando antes de morir la bendicion á su discípulo S. Eudaldo, acabó gloriosamente sus dias en el Señor. Apareciéndose entonces nuestro Señor Jesucristo á S. Eudaldo, mandóle ir á Tolosa, y al llegar allá le salieron al encuentro fuera de la ciudad S. Raimundo, S. Juan, sacerdote, y S. Vicente, avisados de su venida por divina revelacion. En dicha ciudad resucitó un niño de un varon devoto llamado Profano, con admiracion de todos los circunstantes. Despues, juntamente con otros siervos del Señor, se fué á Roma para visitarlos apóstoles S. Pedro y S. Pablo; y visitados aquellos santos lugares, despidióse de sus compañeros, los cuales volvieron á Tolosa y él se fué á tierra de vándalos.

Caminó por espacio de tres dias con grandes trabajos por ser verano y la tierra sin aguas; mas hizo oracion á Dios y salió de una piedra una fuente tan abundante, que manando como rio regaba todos aquellos campos inmediatos. Viéndole empero los moradores de una ciudad allí vecina, que algunos llaman Fin, siendo gentiles, lo llevaron delante su presidente ó gobernador, el cual entendiendo su firmeza en la fe lo mandó echar en la cárcel. En ella aparecióse Jesucristo nuestro Señor con tanta claridad que todo el edificio resplandecia, y observada esta maravilla de los guardas, fueron á contarla al tribuno. Mas éste tenia la mujer con dolores de parto tres dias habia, y sumamente afligido contó su trabajo al Santo. Fué el siervo de Dios con el á

su casa, y haciendo la señal de la cruz sobre la enferma, al instante fué libre del dolor del parto y de la muerte, y el tribuno y su mujer recibieron el bautismo. Avisado de este suceso el presidente, determinó quitarles la vida el dia siguiente. Pero permitió Dios que en la noche el demonio ahogase á su hijo, el cual fué llevado delante de Eudaldo, y por él resucitado. A la vista de tantos prodigios no pudieron menos aquellos gentiles de esclamar: «Grande es el Dios de Eudaldo.» Recibió el presidente el bautismo con toda su familia. Estuvo allí el siervo de Dios por espacio de un mes, y apareciósele nuevamente Jesucristo mandándole que fuese á la ciudad de Acruz donde haria grandes milagros, como efectivamente los hizo, en virtud de los cuales consiguió derribar los idolos y que recibiesen el bautismo sus habitantes. Pasó el Santo á otra ciudad llamada Jaste, la cual libró de una horrible plaga de ciertos animales tan ponzoñosos que mataban todos los muchachos que tocaban.

Avisado de todos estos y otros milagros Wilielmo ó Gulielmo, rey de los hunos, mandó que nuestro Santo fuese llevado á su presencia, y viendo su constancia mandó azotarlo y arafiar con garfios de hierro los costados, de cuyas heridas fué curado milagrosamente en la cárcel. Presentado otra vez delante del rey, y viéndole sano y alegre, dió sentencia que fuese quemado y arrastrado por la ciudad. Mas al ejecutarse murieron instantáneamente los caballos á cuyas colas habia sido atado nuestro Santo, y entonces despechado el rey mandó quemarlo. Fué echado en la hoguera, y derramándose el fuego, quemó á los verdugos sin ocasionar lesion alguna á S. Eudaldo. Atila, sucesor de Gulielmo, no se atrevió á poner las manos en el Santo, y lo envió á Valamiro, arriano, rey de los ostrogodos, quien viéndole tan constante en la fe, mandóle azotar cruelísimamente, y beber despues un vaso lleno de plomo derretido. Hizo el siervo de Dios la señal de la cruz sobre aquella pocion, y bebióla sin esperimantar daño alguno: entonces mandó el tirano que fuese degollado.

Pero aunque lo degollaron no murió, sino que los verdugos teniéndole por muerto lo echaron á una cueva, y estuvo en ella por espacio de treinta dias, hasta que acudió allá S. Juan, sacerdote, guiado por una estrella resplandeciente. Mandóles Dios volver á Tolosa, donde permanecieron algun tiempo, hasta que avisado del cielo de que padeceria martirio á manos de los godos, tomó la cabeza de S. Saturnino y la trajo á Urgel, donde edificó una iglesia y depositó en ella dicha reliquia. De esto se deduce con fundamento que S. Eudaldo fué sacerdote, y como tal está pintado en algunos altares.

Por fin, volviendo el siervo de Dios á Francia, encontró con el rey godo y Atila, rey de los hunos, en la villa de Achs á Ax, ciudad de Aquitania hoy Gascuña; y siendo preso por los ministros del rey godo, de orden de éste fué puesto dentro una cuba llena de clavos de hierro, y que clavados por la parte superior, asentaban sus puntas para dentro, donde le tuvieron por espacio de tres dias; y considerando el mártir que estaba ya cerca el fin de su vida, exclamó: «Señor mio Jesucristo, yo os ruego, que todos los que celebraren devotamente mi festividad, sean libres de cualquier engaño del demonio, de peligro de muerte y de piedra; y las mujeres que tuvieren dolores de parto por muchos dias, alcancen la gracia de vuestra bendición.» Hecha esta oración, oyóse una voz del cielo, que dijo: «Eudaldo, todo lo que pides será hecho como tú deseas.» Despues los ministros del tirano hincándole tres clavos en la cabeza y un cuchillo en el corazon, le quitaron la vida en tal dia como hoy del año 452, siendo de edad de cuarenta y seis años. Fué sepultado su cuerpo en la citada villa de Achs, y en el año 581 fué trasferido á la iglesia de S. Vicente. Despues en el año 978 fué trasladado á Cataluña, en el monasterio de Ripoll, reinando en Barcelona y principado de Cataluña el conde Borrell y siendo abad Idiselo, donde ha hecho Dios por su medio muchísimos milagros, siendo notorio su patrocinio en calenturas y otras enfermedades. Por él las muertes súbitas son remediadas, los ciegos cobran la vista, los que juran falsamente por su nombre perecen. En tiempos de sequía rara vez han salido sus reliquias en procesion que nó se haya logrado abundancia de agua. Y es muy eficaz su proteccion á favor de las mujeres en los partos. (Domenech.)

*La misa es en honra de S. Mamerto, y la oracion es la siguiente:*

Concédenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad del bienaventurado Mamerto, tu confesor y pon-

*La Epistola es del cap. 2 de la del apóstol Santiago.*

¿De qué servirá, hermanos míos, que alguno diga que tiene fe, si carece de obras? ¿Por ven-

tífice, se aumente en nosotros el espíritu de la piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

tura la fe sola podrá salvarnos? ¿Qué aprovechará al hermano ó hermana, que están

désnudos y necesitados del dia- diereis lo necesario al cuerpo? rio alimento, el que les diga Del mismo modo la fe si no alguno de vosotros: id en paz, tiene obras, es muerta en si calentaos y saciaos; si no les misma.

### REFLEXIONES.

*Si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le servirá? No creer lo que nos enseña la religion cristiana es locura; no vivir conforme á lo que se cree es el colmo de la impiedad. Es preciso que haya una estrecha union entre la fe y las costumbres. Nuestras obras han de declarar nuestra religion. No se atiende á la voz de Jacob, mirase á las manos para conocer la persona. Solo en el teatro se sufre la farsa; pero en materia de religion no se puede tolerar. Se hace profesion de ser cristiano, es decir, de creer todas las verdades cristianas, y al mismo tiempo se trae una vida enteramente contraria á las verdades que se creen. ¿Puede haber locura mas impía? Se cree; es así, porque es preciso confesar que entre los cristianos se duda poco en la fe. Se cree; es cierto, porque la corrupcion de la voluntad no se comunica tan fácilmente al entendimiento. Es uno pecador, es vicioso, es disoluto, y conoce lo que es; á pesar de sus desordenadas costumbres, cuando hace un poco de reflexion sobre ellas, no quisiera serlo. Se cree que hay un Dios, porque en fin, no hay ateista verdadero. Se cree que hay infierno; esto es, una infinita junta, una incomprendible complicacion de todos los males, que todos juntos se padecen á un mismo tiempo, y para siempre, sin esperanza de que jamás se acaben, ni se disminuyan aquellos tormentos. Se cree que basta un solo pecado mortal para ser condenado por toda la eternidad. Se cree que nuestro grande y nuestro único negocio es la salvacion. Esto es puntualmente lo que creen aquellas personas mundanas, que viven tranquilamente entregados á la sensualidad y al pecado. Esto es lo que cree aquella mujer, cuya conciencia es un caos, y cuyo idolo es el mundo. Esto es lo que creen aquellos licenciosos, cuya vida es una continua cadena de las mas enormes culpas. Esto es lo que creen esos esclavos de las diversiones, que pasan la vida en una eterna holgazaneria, y en un continuo olvido de Dios; esos avarientos, que sacrifican su alma á un vil interés; esos hombres de negocios que viven y mueren sin pensar ni un solo dia seriamente en la eternidad. Todos estos creen la infinidad y la eternidad de esas penas. Todos se aman mucho, y ninguno quiere ser condenado; pero ¿se vive tan*

cristianamente como es menester para no serlo? Y al ver lo que se cree, y como se vive ¿se podrá esperar la salvacion prudentemente? Compon esas costumbres con esa fe; compara las verdades de nuestra religion con nuestra conducta, y comprende, si es posible, este misterio de iniquidad.

*El Evangelio es del capítulo 12 de S. Marcos.*

En otro tiempo se llegó al Señor uno de los escribas, y le preguntó: ¿Cual es el primer mandamiento de todos? El primer precepto de todos, le respondió Jesus, es: oye, Israel, al Señor, tu Dios, que es Dios único: amarás al Señor, Dios tuyo, de corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento, y con toda tu fuerza. Este es el primer mandato. Y el segundo semejante á él:

amarás á tu prójimo como á ti mismo. No hay otro precepto mayor que estos. Está bien, maestro, le dijo el escriba, en verdad dijiste, que Dios es uno, y que no hay otro fuera de él. Y que el amarle de corazon, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y el amor al prójimo como á sí mismo es mayor entre todos los holocaustos y sacrificios.

**MEDITACION.**

*Del amor propio.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera que no se ama al prójimo, porque no se ama á Dios. El amor de Dios es el principio y la medida del amor á nuestros hermanos. Vanamente se lisonjea de virtuoso el que mira al prójimo con frialdad. *Si alguno dice que ama á Dios, y aborrece á su hermano, es mentiroso, y no hay verdad en él,* dice S. Juan; *porque el que no ama á su prójimo, ¿cómo puede amar á Dios? Este es un mandamiento que nos viene de Dios (concluye el Apóstol): el que tiene amor á Dios, le tiene tambien á su hermano.* Esta doctrina la aprendió el amado discípulo del mismo Jesucristo. *La señal (decia el Salvador) por donde todos conocerán que sois discípulos míos, será si os amareis unos á otros.*

Esta caridad, este amor eficaz y verdadero es el que caracteriza á los verdaderos cristianos; y el amor de Dios es el que anima esta caridad. Este amor benéfico es el que infunde entrañas paternales para con todos los infelices; el que inspira una tierna compasion de todos los atribulados: las almas duras é in-

sensibles á los trabajos de otros, tambien lo son á las impresiones del Espíritu Santo: su divino fuego no calienta á los corazones de piedra. Qué error tan grosero, mi Dios, persuadirse que te ama, lisonjearse de virtuoso el que conserva en su corazon ciertas aversiones, el que fomenta ciertos secretos zelosos, el que siente cierta maligna complacencia en las desgracias de otros, triunfando interiormente cuando los ve abatidos y humillados. Tengamos siempre en la memoria este oráculo, y comprendamos bien su alma y sentido: *qui non diligit, manet in morte.* El que no ama á su prójimo vive en estado de muerte. El amor que nos tenemos á nosotros mismos ha de ser la medida, y como el modelo del que debemos tener á los demás. ¿Nos alegran mucho nuestras adversidades y nuestros contratiempos? ¿Nos complacemos cuando nos vemos abatidos? ¿Deseamos vernos despreciados? ¿Estamos muy agradecidos á los que nos desacreditan y deshonran? *Diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Amarás á tu prójimo como á ti mismo. ¡Buen Dios! ¡cuantas reflexiones tenemos que hacer sobre este mandamiento, y sobre la manera con que le guardamos!

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera que el precepto de amar al prójimo es semejante al de amar á Dios, y por consiguiente tan indispensable el uno como el otro. Son estos dos preceptos la base de la ley, y el cimiento de la religion. Cualquiera de estos dos pilares que falte, da en tierra el edificio. Lisonjearse uno de que ama á Dios, cuando no ama á sus hermanos es grosero error. ¡Ah Señor! ¡y cuantos viven en él el dia de hoy! Aquella caridad pura, sincera, benéfica, universal (porque tal ha de ser para ser verdadera) reina en todos los estados, en todas las condiciones, y en todas las familias? Quizá jamás hubo en el mundo menos caridad. Destiérala del corazon de muchos el interés, y apágala en el de otros la pasion. ¿Cuando se vió mas extendida la emulacion y la envidia? ¿Nacen del puro amor de Dios esas aversiones, esas amarguras, esas murmuraciones? ¿Y aunque tus hermanos fueran tan negros y tan malvados como te los pinta la pasion, no era menester amarlos, pues al fin son hermanos tuyos? ¿y este amor no debia mover á escusarlos, ó á lo menos á no desacreditarlos, para no hacerlos cada dia mayor daño? ¿Será la caridad cristiana la que cria esa hiel que se derrama en tus palabras, y se descubre hasta en tus ojos, haciéndote ver defectos aun en sus mismas virtudes? ¿De donde puede nacer ese encarnizamiento, ese gustazo que tienes en hablar mal, y en desacreditar en todas ocasiones á los que te han oca-

sionado algun disgusto, á gentes que acaso nunca viste en tu vida, y que tienen muchas bellas prendas, y son muy respetables por otros cien motivos? ¿Será uno tan ciego que crea obra en esto por puro zelo de la mayor gloria de Dios? ¿Ignora que debe amar al prójimo como se ama á sí mismo? Es cierto que no se nos esconden nuestros propios pecados; pues ¿por qué no nos moverá el zelo de la gloria de Dios á aborrecernos, á desacreditarnos á nosotros mismos? Esta es ilusion tan comun el dia de hoy á tantas gentes. El precepto de la caridad cristiana es esencial; á ninguno se le dispensó jamás; sus obligaciones son muy delicadas. ¡Ah mi Dios! ¡y qué materia esta respecto de tantos y de tantos para gemir y para temer!

Suplicote, Señor, que me perdone mis iniquidades en este particular. Confieso que soy reo, y que nunca os he amado á vos, pues no he amado á mis hermanos. Espero en vuestra misericordia, que de hoy en adelante se conocerá por mi amor á mis prójimos, que soy vuestro discípulo, y que os amo de todo mi corazon.

JACULATORIAS. — Si, mi Dios; el amor que profesaré á mis hermanos los anunciará la gloria de vuestro santo nombre; y en medio de la congregacion de los fieles, cantaré animosamente vuestras alabanzas. (Ps. 21.)

Ya es tiempo, Señor, de que se observen con fidelidad vuestros divinos mandamientos; particularmente cuando tantos disipan y desprecian tu santa ley. (Ps. 118.)

#### PROPOSITOS.

1 No hay cosa mas precisa ni mas clara que el precepto de amar á nuestros prójimos: tiénele Jesucristo tan dentro de su corazon, que por excelencia le llama el gran precepto suyo: *hoc est preceptum meum*. Es error preciarse de discípulo suyo el que conoce muy bien que no ama á su prójimo. Ten por cierto que la falta de caridad condenará á muchos, y no quieras tú entrar en ese número. Ama á tus hermanos; pero no se quede tu amor en palabras, acredítale con las obras. Muéstrate sensible á las miserias de todo el mundo: compadécete de sus males, de sus flaquezas, y hasta de sus mismos defectos; asístelos con tus limosnas, con tus consejos, con tu crédito, y con tus buenos oficios. Una alma grande, abrasada en fuego del amor de Dios, á todo el mundo escusa. Léjos de inflamarte en un zelo duro, amargo y fogoso, muestra entrañas paternas á todos, y des-

confía mucho de los falsos pretextos de zelo. Si los defectos de otro fueran justo motivo para enconar el corazon, y para encender nuestra cólera; ¡qué objeto de cólera y de odio serias tú mismo á los ojos de Dios!

2 Si no te hallas en estado de manifestar tu amor al prójimo con buenos oficios, muéstrasele á lo menos con tu conducta. Recibe y trata á todo el mundo con semblante risueño, con modo grato, usando con todos de modales cortesanos y apacibles. Sofoca en tí todo movimiento de emulacion, de envidia, de frialdad, y aun de indiferencia sea con quien se fuere. Imponte una ley de honrar y de estimar á todos: no sufras que en tu presencia se hable mal, ni aun del mas mínimo; y si no tuvieses autoridad ni jurisdiccion para reprender á los que esto hicieren, muestra á lo menos con tu silencio y con tu seriedad lo mucho que aquello te desagrade: habla siempre bien de todo el mundo. La verdadera caridad todo lo escusa, y está siempre ansiosa de hacer bien á todos.

#### DIA XII.

##### MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES NEREO Y AQUILEO, hermanos, en Roma, en la vía Ardeatina, los cuales juntamente con FLAVIA DOMITILA, de quien eran eunucos, estuvieron largo tiempo desterrados en la isla Poncia; despues fueron muy cruelmente azotados; y por último como el cónsul Minucio Rufo los amenazase con el caballete y con el fuego si no sacrificaban á los ídolos, le respondieron que los habia bautizado el apóstol S. Pedro, y asi que de ningun modo podian sacrificar á los ídolos; por lo cual fueron degollados. Sus sagradas reliquias, junto con las de Flavia Domitila, por orden del papa Clemente VIII fueron trasladadas solemnemente tal dia como ayer de la diaconia de S. Adrian á la iglesia de su propio y antiguo titulo nuevamente reedificada. (Véase su historia en las de hoy.)

SAN PANCRACIO, mártir, tambien en Roma, en la vía Aurelia, el cual siendo de catorce años fué degollado por la causa de la fe, imperando Diocleciano. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN DIONISIO, igualmente en Roma, tio del mismo S. Pancracio. (Véase la vida de éste.)

SAN FELIPE DE ARGIRA, en Sicilia, quien siendo enviado á aquella isla por el papa á predicar el Evangelio, redujo á la fe católica la mayor parte de sus habitantes: su santidad se manifiesta señaladamente en curar á los energúmenos.

SAN EPIFANIO, obispo, en Salamina en Chipre, quien siendo célebre por su grande erudicion y por la inteligencia que tenia de las sagradas Escrituras, se hizo todavia mas admirable por la santidad de su vida,